

POR
BRUNO C. JACOVELLA
(ILUSTRACIONES DE
F. CHAUSA)



LA tradición popular, al contrario de lo que suele creerse por sugestión de grabados medievales y de casos más recientes de posesión demoníaca, no concibe ni presenta al señor de las tinieblas con rasgos terroríficos. La posición del pueblo frente al diablo es, si cabe, friamente jurídica: el diablo es un comerciante que entrega riquezas, honores, placeres a cambio del alma; y más, cuando llega el momento del pago por parte del hombre, pocas veces ofrecen los cuentos tradicionales situaciones consternantes; casi siempre lo burla el hombre, sea con ayuda divina o humana, o por su propia listeza, y el diablo queda ridiculizado grandemente, cuando no tundido o mutilado por las artes más sutiles de su víctima o sus auxiliares. Tanto abundan estos finales, que en muchas clasificaciones de los cuentos folklóricos se reserva un lugar al ciclo del "ogro vencido" o "demonio burlado"; claro que confundiendo a menudo gigantes u ogros y diablos. Inclusive hay versiones de uno de los más difundidos cuentos del mundo—el del joven que se casa con la hija menor del diablo (narrado por D. Segundo Sombra en el libro eponímico)—en que aparece como un viejo calzonazos que persigue a los dos fugitivos y es burlado mediante tretas diversas (la hija se convierte en árbol, en iglesia, etc.), por lo que su consorte diabla lo maltrata de palabra, llamándolo "viejo tonto".

Saliendo de la esfera poética de los cuentos y descendiendo a la tierra, encontramos al diablo, aun lejos, en dos instituciones muy características: el Aquelarre, o gran concilio y bacanal, y la "Salamanca", o universidad del diablo, donde este fino maestro—ladino y socarrón, no ya "viejo tonto"—enseña a los mozos intrépidos las artes supremas de la sociedad campesina de antaño: domar, enamorar, *payar* (cantar improvisando, solo o en contrapunto). El Aquelarre, muy difundido en el Viejo Mundo, no ha pasado virtualmente al Nuevo, y hasta las brujas que forman el séquito del "macho cabrío" son aquí muy escasas: hacer brujerías es más bien una especie de profesión libre. En cambio, la "Salamanca", tan famosa en América, parece haber asimilado su parte de bacanal, si no institucionalmente, al menos en el sentir de los campesinos, que afirman que en sus cercanías oíense lejanos sonos de música y risas... Será tal vez en los recreos, pues el diablo enseña seriamente, y hasta sin recurrir a virtudes mágicas de ninguna clase, como, por ejemplo, en el curso de doma, en que hace montar al alumno en un potro y lo echa en un campo sembrado de puñales puestos de punta para que se las arregle como pueda, bajo la guía de ese maestro universal y soberano que es el miedo. Naturalmente, el que aprende paga el precio, estimulado además del derecho de ingreso, y el que no, allí se queda, sobre los puñales. Lo que al fin de cuentas viene a ser lo mismo si se miran las cosas desde el punto de vista del postrer paradero del alma.

El único sector en que el pueblo se horroriza al entrar en contacto con el reino de las tinieblas es el de las almas condenadas: en esta forma genérica directamente, como gente que anda al oscurecer o de noche buscando a los que viven en pecado, o bien bajo las conocidas figuras de la Viuda, la Mulánima, etc. Estas almas condenadas no respetan a ningún pecador escandaloso y se lo comen—de inmediato o a la tercera noche—si no se pone con tiempo a salvo rezando el Credo, proveyéndose de insignias religiosas o interponiendo un curso de agua entre él y su perseguidos. A veces, el alma condenada resulta ser el diablo; pero lo frecuente es que éste no aparezca, como si el castigo en vida, no del pecado, sino del *estado pecaminoso*, se hallara a cargo de aquellos mismos a quienes la muerte sorprendió en igual estado: concubinato, concubio sacrilego, incesto, etc. Los casos y cuentos de este ciclo son legión, y se diferencian claramente de los citados del diablo por ese elemento terrorífico y ese colorido de realidad de que éstos carecen.

Qué relación de parentesco o dependencia hay entre el demonio y los condenados errantes, no se trasluce bien en la tradición popular. La concepción de los condenados es una supervivencia de aquel antiguo temor de no ser enterrado en su tierra, o de no ser enterrado simplemente, que luego, en tiempos cristianos, aparece como el temor de no ser enterrado en sagrado, tema también en torno del cual la inventiva popular ha tejido numerosos y admirables relatos. Por eso el diablo, procedente de otro ciclo de concepción del mundo, parece actuar al margen de estos seres que, por una razón u otra, no pudieron ser enterrados ni sacramentados, y así andan por la faz de la tierra purgando eternamente sus descomunales culpas.

Tornando a los cuentos, hay unos pocos de un carácter muy singular, en que el diablo aparece despojado de la odiosa avidez de almas que le es consustancial y de los trazos ridículos con que lo caricaturizan aquellos del ciclo del "ogro vencido" o "demonio burlado". Al contrario, la tradición oral, partiendo de relatos distintos, y mediante transposiciones curiosas—que puede la investigación erudita casi siempre determinar—, o bien continuando por gusto de la incongruencia las peregrinas ocurrencias de autores de gracejos teológicos, muestra en ellos un verdadero señor de las tinieblas, capaz de sobreponerse excepcionalmente a su propensión maligna y comportarse como una persona muy sensible al honor y la gratitud.

La finalidad de este artículo límitase a presentar esas raras pinturas del diablo tales como circulan en la tradición oral del pueblo argentino. El primer relato, sin embargo, el del honor del diablo, exige una rápida incursión a la Edad Media, al siglo XIV, en que aparecen las primeras firmas de autor al pie de narraciones en prosa

de pura imaginación, aunque no tengan éstas de tales autores más que el primor del estilo y la caracterización, o profundización psicológica, de los personajes, atributos que definen a la literatura artística y que la tradicional pasa por alto en manera poco menos que sistemática, sólo aplicándose a la gracia o patetismo de las situaciones y al desarrollo, apenas demorado por la *técnica profesional*, de la acción dramática.

Chaucer, Boccaccio y el infante Juan Manuel, a los cuales se agregará después otro fértil, aunque menos personal, explotador literario del rico venero folklórico, Franco Sanchetti, inician esta reelaboración artística de los relatos tradicionales, que habrá de concluir en el famoso *Pentamerone* de Basile, tras un proceso vario de tres siglos que De Sanctis llamara incisivamente "la putrefacción del Decamerón". Chaucer, el más arcaico de los tres, pues todavía sigue apegado al verso, hace narrar al Propietario en sus inmortales *Cuentos de Canterbury* un "lay"—balada o romance—que "los antiguos bretones"

"cantaban al son de sus instrumentos
o leían para su esparcimiento".

Su trama es como sigue: Ausente un caballero, su fiel esposa, asediada por un escudero, déjase decir, para disuadirlo, que sólo accederá a sus deseos cuando limpie de rocas toda la ribera de Bretaña. El enamorado trata con un "philosophe" la empresa al precio de mil libras, satisface en tal modo la condición puesta y exige a la dama el cumplimiento de su palabra. Llega entretanto el esposo y, enterado, la obliga a cumplir su palabra. Al llegar ella al lugar indicado, el escudero le pregunta a la dama a dónde va.

"Al jardín, como me mandó mi esposo,
a cumplir con mi palabra, ¡ay de mí!"

Conmovido el escudero, la libera del compromiso; torna ella a su casa gozosa y él marcha, triste, a pagar el precio convenido; pero él sólo tiene quinientas libras y pide un plazo de dos o tres años para saldar el resto. El filósofo le perdona la deuda. "Señores—pregunta el Propietario al final—,

¿cuál pensáis que fué el más generoso?"

Con parecidas palabras, a modo de *catch-word*—"Which was the noble act?"—pasó el bello argumento a los índices mitográficos de los eruditos, que lo han seguido en todas sus andanzas por Oriente y Europa, desde unas versiones más sencillas y puramente mundanas hasta ésta en que entra un hechicero, que en vano trata Chaucer de hacer pasar por un hábil tramoyista, ducho en operar con las Tablas Alfonsinas y conocedor, mediante ellas, del movimiento de los cuerpos celestes y las mareas.

La tradición americana va más allá, pues entra derechamente el diablo a tratar con el enamorado, quien, después de recibir el encargo de la tarea imposible—hacer pasar en el término de una noche una acequia por el patio de la casa de la imprudente esposa, sita en "la mesada de una loma"—, contrata la obra con el diablo y le promete su alma por el logro de sus deseos. El diablo acepta, y en la noche deja lista la tarea. Siguen los incidentes conocidos, hasta que la dama, llegando tarde al lugar de la cita, es regañada por el pretendiente: "¿Por qué has tardado tanto?" La mujer le cuenta todo. "Anda, que no te deshonoraré ni con tocarte con la yema de los dedos." El diablo, que estaba escondido allí cerca, no para atisbar, por supuesto, sino con su avidez de llevarse un alma al exiguo precio de un mero trabajo nocturno de hidráulica, al oír esta respuesta, saca el documento y lo hace trizas, diciendo: "¡No ha de ser el cuervo más negro que sus alas!" Y con esta bella y enigmática locución proverbial, desaparece, "pegando un reventón", y deja libre al joven, que, sublimado por el honor, y habiendo perdido ya todo, lo miraba sin miedo, casi

"com' avesse l' inferno in gran dispetto".

La versión que se tiene por más típica de este relato redúcese a un juego de ingenio puramente mundano: "Una joven hace una promesa a otro hombre que no es el marido en la noche de bodas. Este la insta a cumplir con su palabra. En el camino la secuestra una banda de salteadores, cuyo capitán, informándose de lo ocurrido, la ayuda inclusive a reunirse con su amante. Enterado éste de todo, no quiere ser menos, y la devuelve al marido." Luego, en la versión de Chaucer, entran las artes, entre mágicas y embaucadoras, de un astrólogo y, sobre todo, el endeudamiento del "servidor de Venus". Al fin, en América (sin que esto implique otorgar carta de monopolio al Nuevo Mundo) se formaliza gravemente la entrada del señor de las tinieblas y el duelo de *rasgos* adquiere una belleza lacónica y sombría. ¿Reemplaza aquí sencillamente el diablo primero a un capitán de ladrones y luego a un mago? Podría ser, folklóricamente; pero artísticamente es una obra nueva, superior a la primera redacción que la antecede, y en su género, perfecta (1).

Del honor de Lucifer se registra un solo caso en los archivos del folklore hispánico; de su gratitud hay varios. Sin duda, el honor y la maldad pueden coexistir: ejemplos sobran en el mundo del delito, y no sólo en el de los bandidos románticos. Pero la amalgama tórnase más ácida si del honor se pasa a la gratitud, que echa raíces más íntimas y delicadas en el fondo moral de la persona.

Hay un relato al menos con noticia de una dádiva desinteresada de Satan; pero aquí se trata solamente de su gratitud, por lo que bastará con la mera referencia. El primer cuento de la gratitud de Lucifer (1) es el de una vieja tan celosa del honor de su hija como enemiga del diablo. Tanto lo denostaba, que la niña, "por broma, o por sus buenos sentimientos", le decía: "Pero, mamita, ¡qué le hace ese pobre diablo que perdió el cielo! ¡Demasiado ha de sufrir ya en los infiernos!" Al fin, se casa la niña con un comerciante, quien, al día siguiente de la boda, parte en viaje de negocios. Le va tan bien, que olvida a su esposa y hasta "contrae relaciones ilícitas con una hermosa dama". Cinco años pasan así, cuando una noche oye aquélla una voz: "Niña, niña, ¿quieres ver a tu marido?" Asiente ella, y es llevada "tan ligera como el pensamiento" y depositada en brazos de su marido, a quien le pide el anillo de bodas, único recuerdo que aún guardaba de ella. Creyendo estar con su amante, el hombre se niega a entregarlo, pero al cabo cede. Mientras tanto, el diablo, en figura de él, va a la casa de la otra mujer y "le da una feroz paliza". La esposa regresa a la suya en la misma forma, y al llegar pregunta al bienhechor por su nombre. "Soy el diablo", le responde, "y te hice este servicio en prueba de agradecimiento por lo que me defiendes cuando la perversa vieja de tu madre me da tanta inmundicia". Por la mañana, la madre le cuenta horrorizada que soñó con el diablo, que le llevaba la hija y le hacía mil burlas. "No crea en sueños", le contesta la hija con una vaga sonrisa, "pero guárdese de ellos".

En la otra ciudad, en tanto, la policía encarcela al hombre, creyéndolo autor de la tunda a la mujer. A los tantos meses cuando consigue salir, gracias a su dinero, y, escarmentado y arrepentido, torna a su casa "en momentos en que la niña da a luz un hermoso varón parecido a él". "La niña contó lo que había pasado, y todos *dedujeron* y quedaron conformes que era obra del diablo agradecido". Aquí termina el cuento, que está pidiendo la sazón y el ornato que manan de la pluma de un Ricardo Palma, y debe convenirse en que la moraleja se encuentra hartó explícita para ponerle otra encima.

El otro cuento (2), muy al gusto asimismo del mordaz y caudaloso memorialista peruano, es como sigue: El hijo mayor de un comerciante, que nunca dejaba de recomendar en sus viajes que, al pasar por un templo, entraran todos con él a oír misa y orar por su bien, muriendo su padre determinó continuar sus negocios. En su primer viaje, como pasara por una iglesia, entró "llevando varias velas", las que fué prendiendo delante de cada santo. "Como le quedara una vela y no supiera a qué santo ponérsela, empezó a buscar entre todos, encontrando al fin uno que parecía que se olvidaba de él, y entonces, desconfiando que fuera el diablo, le dice: 'Te pongo esta vela, pero, por si fueras el diablo, te la prendo del revés'. Oró después largo rato y siguió su marcha."

Esa noche da en una posada en que hay una mujer baja, gorda y de trenzas largas, y olvidando un consejo que le había dado el padre al morir: que nunca aceptara posada donde hubiera mujeres de ese parecer, hospédase en ella. Durante la noche ocurre un crimen, y los asesinos, para no ser descubiertos, dejan el cadáver en la pieza del joven. Llevan a la cárcel a éste, y a los pocos días disponen ajusticiarlo, no obstante sus protestas de inocencia. Hállase junto a la reja, muy triste, cuando acierta a pasar un caballero, quien le pregunta por qué está allí. El preso le cuenta, y el señor e recomienda que se declare culpable y que, al estar en el cadalso, pida tres minutos para hablar, y entonces grite tres veces: "¡Don Juan Cuello de Plumillas!"

Así ocurre. Grita el joven: "¡Don Juan Cuello de Plumillas!" "Todo el pueblo miraba a todas partes, sin saber a quién gritaba, y nadie aparecía, ni se hacía presente este señor que llamaba. Otros lo juzgaban tal vez loco." Grita por segunda vez, y lo mismo. "Ya muy afligido, y perdiendo toda esperanza, grita por última vez: '¡Don Juan Cuello de Plumillas!' La guardia estaba apuntando para la primera descarga, cuando aparece de improviso "un señor de aspecto muy grave, montado en un hermoso caballo con chapaduras de oro en la montura y los herrajes", y pregunta: "¿Por qué estáis por matar a este joven?" Un juez le lee la sentencia. "Entonces, con gesto grave, alza su vara el señor, y les dice: Están por hacer una muerte injusta. Levántese, amigo, y sígame. Vamos a la tumba donde descansa el muerto." Y aquí repítase el famoso milagro atribuído, entre otros, a San Antonio de Padua: "Pega el señor con su vara en la sepultura del finado y le pregunta: 'Pedro, ¿quién fué el autor de tu muerte?' Entonces el difunto contesta desde el fondo de la tumba: 'Fué Juan, el de la plaza 6'."

El joven queda libre, y el señor le dice: "Este servicio lo hice por usted, porque cierto día, ¿se acuerda?, me prendió una vela del revés. Ese santito tan viejo que halló, ése fué yo." Después de esto "se despidió de todos, y reventó y se fué al infierno, pues ciertamente había sido el mismo diablo".

Tal es el cuento. ¿Ha habido, como en el primer relato, una mera suplantación de personajes? En la narración del milagro que salva la vida al inocente, no hay dificultad en admitirlo; y el mismo San Antonio suplantó, sin duda, a otro. Pero el sabroso detalle del santito que estaba como olvidado en un rincón de la iglesia, para restar preces a los santos verdaderos de los altares, valiéndose de la oscuridad del templo y contando con la devoción compasiva y sin crítica de los feligreses (o ¿quién nos dice que no sintiera nostalgia de las oraciones?), y luego, el de la vela encendida "del revés, por si fuera el diablo", todo esto prueba que no hay una suplantación adventicia sino en el episodio milagroso de quita y pon, y que Lucifer es propiamente el héroe del relato.

(1) Dos versiones de este cuento se recogieron en la Argentina y una en Chile. Pueden verse aquéllas en el número 1 de la "Revista del Instituto Nacional de la Tradición" (Buenos Aires, 1949).

(1) Del Archivo del ex Consejo Nacional de Educación; legajo número 54. Tucumán.

(2) Del Archivo del ex Consejo Nacional de Educación; legajo número 66. Tucumán.



(havsā
#spana/950